

Custodios de estelas

Los vemos caminar pausadamente, con una cadencia delicada y firme, con mochila en ristre y bastón de apoyo. Son los peregrinos que cada año pasean los diversos caminos que conducen a una meta singular: Santiago de Compostela. La vida consagrada es también una peregrinación, que pone en marcha nuestra mejor pertenencia hacia el Tú que a cada uno ha convocado el Señor cuando pronunció con sus labios divinos nuestro nombre diciéndonos ¡ven!

El paso de los siglos ha ido dejando estelas en un camino que cruzó nuestra tierra, un camino que tenía como origen la búsqueda de la belleza y del bien que palpita en el corazón humano, y que ha hallado como respuesta a todas sus preguntas el encuentro con aquel Hombre Dios que no sólo nos dijo cuál era el camino sino que se puso a recorrerlo con nosotros. Cristo es Camino y caminante junto a cada uno de nosotros.

Entre los primeros testigos que Él llamó en la Palestina de entonces, algunos fueron luego enviados para que narrasen cuanto habían visto y oído. Aquellos primeros apóstoles, enviados, siguieron el mandado del Maestro y fueron hasta los confines de la tierra para anunciar una Buena Noticia portadora de la luz y la esperanza que Cristo mismo nos alumbró.

Santiago nos contó lo que escuchó en los labios del Maestro, quiso compartir su asombro agradecido al ver de mil modos la ternura y la misericordia de Dios que se hacía gesto liberador de tantas cautividades, y nos dejó plasmado en su predicación ese Evangelio que prendió en sus entrañas. Sus dificultades fueron no pocas en aquella Hispania romana que no se abría tan fácilmente a la novedad que el apóstol nos traía, pero dejó sembrada la palabra de Jesús, y nos repartió de tantas maneras su gracia, tanto, tanto, que al morir en Jerusalén irían los discípulos hispanos a recoger su cuerpo para traerlo hasta el *finisterrae* de sus andanzas apostólicas.

Desde entonces, tras el hallazgo milagroso que la tradición nos atestigua del cuerpo de Santiago en el Campus Stellae, Compostela, han sido muchos los que han querido hacer este camino, cuyo año jubilar estamos celebrando. Son

Caminos de consagración

muchas las estelas, tantas como estrellas, que nos han dejado el precioso testimonio del afán sincero de los romeros y peregrinos que han recorrido esta senda.

Compartimos con todos ellos la necesidad de salir de nosotros mismos, y poner hondura y verdad en tantas cosas que nos complican nuestro cotidiano caminar, haciendo torpe o mezquino lo que alguna vez hemos soñado como hermoso y grácil. Todas nuestras preguntas nos hacen peregrinos de una Verdad que tiene rostro y tiene nombre, y nos ponen en la andanza de un camino que tiene meta. Santiago peregrinó hasta aquí para darnos a Jesucristo, nosotros peregrinamos a Santiago para encontrarnos con Jesús el Señor.

Nuestra tierra se honra en el recuerdo de esta historia, y reconoce en las huellas que otros hombres y mujeres han dejado las señales iluminadoras que quieren orientar nuestros pasos de hoy y los que mañana recorreremos. El arte, la cultura, la hospitalidad, la vocación andariega y el sabernos peregrinos de lo mejor encuentran en este Camino de Santiago una senda que nos habla del hombre y que nos habla de Dios.

Y esto es lo que los santos fundadores han plasmado también con los carismas que, como estelas, Dios ha querido señalar. Son estelas que recuerdan palabras o gestos de Jesús, y que se confían a una familia religiosa como custodios de ese memorial evangélico. Los hombres y mujeres de una generación necesitan estas señales que representan los carismas de la vida consagrada. Somos caminantes y peregrinos, y recorriendo las sendas de la vida el Señor nos constituye en portadores y portavoces de una santa tensión, por la que, teniéndole a Él como origen y como destino de nuestra andadura, recordamos a los hermanos que este camino tiene meta.

✠ **Jesús Sanz Montes, ofm**

Arzobispo de Oviedo

Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada

Fiesta de la presentación del Señor

MONICIÓN DE ENTRADA

Queridos hermanos todos. Convocados por el Señor celebramos hoy en la Iglesia la fiesta de la *Presentación del Niño Jesús en el Templo*. María y José, fieles a la tradición de su pueblo, entran en el Templo con su Hijo a los 40 días de su nacimiento. Del mismo modo, también nosotros, 40 días después de la Navidad, somos llevados y presentados por nuestra Madre la Iglesia ante el Dios vivo y verdadero, al tiempo que sentimos y agradecemos la paternal custodia de nuestro obispo diocesano.

Los consagrados y consagradas hemos recibido en la Comunidad cristiana esta extraordinaria vocación de vivir entregados totalmente a Dios y al servicio del prójimo en la caridad. El lema de esta Jornada de la Vida Consagrada es *Camino de consagración*. Cristo, el Señor, es nuestro único *Camino*, y todos nosotros somos *caminantes con Él*. Cristo, *Camino, Verdad y Vida*, ha abierto en su propio Cuerpo diversos *camino de consagración* para que recorriéndolos en fidelidad seamos conducidos al Cielo.

Nos disponemos ahora a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar el sacramento de la Eucaristía, donde somos transformados en *ofrenda permanente*, consagrados al Padre, siguiendo al Hijo, y habitados por el Espíritu.

Hoy, todos nosotros renovamos la elección de Dios presididos por nuestro obispo, y salimos al encuentro del Señor con la luz de la Fe, la fuerza de la Esperanza y el fuego del Amor que el Padre ha encendido en nuestros corazones.

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN

[Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia].

Camino de consagración

El celebrante:

Hermanos y hermanas:

En esta fiesta de la Presentación –popularmente conocida por *la Candelaria*–, somos invitados al agradecimiento sincero por nuestra vocación consagrada, suscitada en la Iglesia como una *luz que el Padre ha puesto en el candelero, para que alumbré a todos los de la Casa*. Nosotros, llamados por la misericordia de Dios, hacemos presente en este mundo el Amor Trinitario. La diversidad de carismas en las distintas formas de consagración pone de manifiesto la múltiple gracia con que el Dios tres veces Santo ha querido adornar y embellecer a su Iglesia. Hoy renovamos nuestro particular seguimiento de Cristo pobre, casto y siempre obediente al Padre.

(Todos oran en silencio durante algún tiempo).

El celebrante:

Bendito seas, Señor, Padre Nuestro, porque en tu gran misericordia, con el susurro de tu Espíritu, no has dejado de llamar, a lo largo de la historia, a hombres y mujeres que, consagrados a Ti, fuesen en la Iglesia manifestación viva del seguimiento radical de Cristo, testigos creíbles del Evangelio, profetas humildes y valientes de tu Reino, hijos fieles de la Iglesia, peregrinos hacia la patria del Cielo. Por ello ¡te glorificamos!

Cantor: Gloria a Ti, por los siglos.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(I) *Lector 1.º:*

Te glorificamos, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque en tu Hijo Jesús nos has mostrado el camino del amor sin medida en el servicio solícito y generoso. Cristo ha hecho de Tu voluntad su alimento y su descanso, su fortaleza y su alegría.

Lector 2.º:

Gracias, Padre, por habernos querido asociar íntimamente a este misterio de Obediencia filial, en Cristo, por Cristo y con Cristo. La Virgen María,

Camino de consagración

la Sierva obediente, siempre dócil a tu Palabra, nos toma de su mano para renovar hoy nuestra sincera adhesión a tu Santa Voluntad, confesada mediante el voto de obediencia que un día profesamos en el seno de tu Iglesia.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(II) *Lector 1.º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro Dios y Señor, nos has dado la Verdad de tu Amor, donación sin reservas y entrega sin límite. Él, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, nos ha mostrado la dicha evangélica reservada para los *man-sos y humildes de corazón, los pobres de espíritu, los misericordiosos, los que trabajan por la paz, los perseguidos y los que sufren a diario por causa de tu Reino.*

Lector 2.º:

Gracias, Padre, porque en Cristo nos lo has entregado todo. Él es *tu Hijo Amado, en quien tienes puestas todas tus complacencias.* Él, nuestro maestro y nuestro hermano, es el Hombre-Dios paciente y misericordioso, compasivo y fiel, que ha venido a buscar lo que estaba perdido y a enseñarnos el camino de regreso a la Casa del Padre. De Él aprendemos que no tenemos, aquí en la tierra, otro lugar donde reclinar nuestra cabeza que no sea su pecho, cerca de su corazón. Junto a Él estamos felices de vivir desprendidos y generosos, compartiendo nuestros bienes con los necesitados y proclamando que sólo Cristo es nuestra Riqueza y nuestro Tesoro.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

(III) *Lector 1.º:*

Te glorificamos, Padre, y te damos gracias, porque en Jesucristo, el Hijo Bendito de la Bendita María, hemos sido seducidos por tu Amor, enamorados de tu Reino y conducidos a la virginidad de nuestros corazones. Como María, podemos hoy decir: ¡Somos de Cristo y le pertenecemos sólo a Él!

Camino de consagración

Lector 2.º:

Gracias, Padre, por tu Hijo Jesucristo, Esposo fiel de la Iglesia. Renueva Tú en nosotros el fuego de tu Amor, la dicha y la alegría de vivir la verdadera castidad y la pureza sincera, de cuerpo, mente y corazón, una auténtica *humanidad plena* en la santidad de nuestra consagración.

Asamblea: Gloria a Ti, por los siglos.

El celebrante:

Oh, Señor: mira con ojos de misericordia a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: un día les llamaste y ellos te siguieron. Lo dejaron todo por Ti. Renueva hoy en sus vidas el fuego ardiente del *amor primero*. Ayúdales a caminar presurosos tras tus huellas e infunde en sus corazones el auténtico *discipulado* que nace de tu llamada. Dales la *adhesión del corazón* a tu Santo Evangelio y la *comunión sin fisuras* con nuestra Madre la Iglesia. Hazlos fieles cooperadores de la Verdad y leales colaboradores de tu Reino.

Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Asamblea: (Cantando) Am  n, am  n, am  n.

PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas cuatro específicas].

- Señor, tu Palabra es *Camino, Verdad y Vida*. Te pedimos hoy por todos los jóvenes que te buscan aun sin saberlo; conduce sus vidas con la Luz radiante del Evangelio. *Roguemos al Señor.*
- Te pedimos también Señor por todos los religiosos, los miembros de institutos seculares y de nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes, por cuantos han recibido el don de la llamada a la consagración, para que, alcanzados por Cristo, sean auténticos testigos de la

Camino de Consagración

Camino de Consagración

Resurrección y firmes defensores de la Vida, en nuestra sociedad y en el mundo entero. *Roguemos al Señor.*

- Por todas las familias, elegidas por Dios para transmitir la fe a la próxima generación, para que impulsadas por la fuerza del Espíritu y el amor de Jesús puedan ejercer su misión de engendrar vocaciones para el Cielo. *Roguemos al Señor.*
- Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que todos seamos uno en el amor, y el mundo crea en Jesucristo, único Salvador de todos los hombres. *Roguemos al Señor.*

«Deseo hacer llegar a todos los hombres y mujeres que quieran escuchar mi voz la invitación a buscar los caminos que conducen al Dios vivo y verdadero también a través de las sendas trazadas por la vida consagrada».

(*Vita consecrata*, 108)

Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío (*Cant 6, 3*)

Han transcurrido veintiún años desde que fui consagrada como esposa de Cristo por el arzobispo de mi diócesis en el orden de las vírgenes, vocación de las primeras vírgenes cristianas de la Roma imperial, nacidas del corazón de la Iglesia, sin más superiores que el Papa y el obispo diocesano. ¿Largo «camino de consagración»? En absoluto, sino ligero, colmado de gozo y belleza, pese al terreno a veces escarpado, las lluvias o los vientos. Cuando caminas apoyada en el Amor absoluto, avanzas *sobre alas de águila* y se renueva tu juventud.

Aquel bendito día en que Cristo me hizo totalmente suya deposité en manos de nuestro arzobispo la proclamación de mi entrega. Con profunda paz, sentí el amplio velo blanco sobre mi cabeza –velo que puedo usar en circunstancias especiales–, y extendí la mano derecha para que el pontífice, después de haberme preguntado si deseaba ser entregada como esposa y para siempre a Jesucristo, colocase en mi dedo anular la alianza de las Bodas eternas. Recibí sobre mis dos manos abiertas el libro de la Liturgia de las Horas, y fui exhortada a seguir las huellas de la Santísima Virgen y a servir a la Iglesia alimentando mi amor sponsal en la Eucaristía, la Sagrada Escritura y la oración. Después, fui enviada a reflejar esto en el trabajo diario y donde se requieran mis servicios eclesiales, amando a todos desde el Corazón de mi Esposo siendo virgen, esposa y madre, como la Madre de mi Señor y la propia Iglesia. ¡Magnífica hoja de ruta para el camino!

En este año jacobeo y sacerdotal, con la figura y ejemplo del apóstol y sacerdote Santiago, bajo el amparo de la Santísima Virgen, deseo destacar un rasgo especial de nuestra consagración: la plena fidelidad a la Iglesia y la gratitud a los sacerdotes, por quienes pedimos a diario.

Y para Ti, mi amadísimo Señor Jesucristo, la renovación de mi entrega en acción de gracias. Aplicamos a tu Persona el versículo del *Cantar de los Cantares*:

Camino de consagración

«Su porte es como el Líbano, esbelto como el cedro» (*Cant* 2, 15). Ayúdanos a cada virgen consagrada para que nos vean reflejadas en este otro: «Imponente como ejército en orden de batalla» (*Cant* 3, 10), sin ceder jamás ante los vientos de la tempestad que amenacen nuestro camino.

Gloria Irene Álvaro Sanz

Orden de las vírgenes

«A lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón “indiviso” (cf. 1 Co 7, 34). También ellos, como los Apóstoles, han dejado todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad».

(Vita consecrata, 1)

Testimonio de una clarisa

Junto al secular Camino de Santiago, encontramos asentados no pocos monasterios de Hijas de Santa Clara. Son cruce de caminos para el Cielo, y testimonian silenciosamente un *camino de consagración*.

En ellos moramos mujeres «elegidas por el Padre del Cielo, consagradas con su Amado Hijo y con el Espíritu Consolador», como Francisco gustaba decir de la santa Madre de Dios. Perpetuamos hoy el grito de Clara de Asís: «El Hijo de Dios se nos ha hecho CAMINO», y con esta convicción fruto de la fe «caminamos por la senda de la bienaventuranza, confiadas y gozosas, con paso veloz y andar apresurado, como peregrinas y forasteras en este mundo, sirviendo al Señor Jesús en pobreza y humildad». «Abrazadas como vírgenes pobres a Cristo Pobre» únicamente aspiramos a «tener el Espíritu del Señor y su santa operación». Este camino evangélico no lo recorremos en solitario, muy al contrario «el Señor nos ha dado hermanas» como ayuda de nuestra pobreza y como sacramento de la presencia cercana de Jesús Resucitado, sabiendo que lo que hacemos a una de estas queridas hermanas a Él se lo hacemos. Así nos exhorta Clara a vivir: «Manifestad exteriormente con vuestras obras el amor que interiormente os tenéis», «pues si una madre cuida y alimenta a su hijo según la carne, cuánto más vosotras debéis cuidar y alimentar a vuestra hermana según el espíritu».

Transcurren nuestras jornadas con tareas sencillas, entretejidas de cantos de alabanza al Dador de Todo Bien, recogidas y atentas a la Palabra que la Iglesia diariamente nos proclama, y postradas enamoradamente ante el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de nuestro Señor Jesucristo en el sacramento del altar. Prendidas en el fuego de su Corazón herido de amor por los hombres, ardemos en una súplica incesante por cada hijo que peregrina hacia la Patria del Cielo.

Caminamos de sol a sol como Hijas del Padre, tras las huellas del Hijo, habitadas por el fuego del Espíritu que nos transforma en Madres de Jesús, «pues lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera, y lo alumbramos por las obras santas que son luz para ejemplo de

Camino de consagración

muchos hermanos» (san Francisco). «Estrecho es este camino por el que se entra en la Vida, ¡dichosos a quienes les es dado caminar por él y perseverar hasta el fin!» (santa Clara).

Sor Isabel

Hermanas Clarisas de Belorado (Burgos)

«La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su “sí” abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1, 14)?».

(Spe salvi, 49)

Una experiencia de acogida a peregrinos en el Camino de Santiago

En el año 2001 una comunidad de Monjes Benedictinos, de la abadía de Santa Otilia, en Baviera, Alemania, fundaron un pequeño monasterio en Rabanal del Camino (León), en el Camino de Santiago entre Astorga y Ponferrada, en los confines de la meseta castellana.

Su misión es la acogida y el acompañamiento de peregrinos que, tras un largo peregrinar, desean pararse, descansar, asimilar la experiencia personal profunda que el camino desencadena en cada uno. Ser escuchados, compartir reposadamente su experiencia, orar y reconciliarse..., discernir la llamada de Dios que, a cada uno y de mil maneras, les ha puesto misteriosamente en camino. Orar en una comunidad de fe, disfrutar de la liturgia, de la belleza que nos transmite y que nos remite a la Trascendencia buscada con pasión más o menos explícitamente.

Desde hace unos seis años, un grupo de jesuitas y laicos de diferentes países, manejando el inglés, alemán, francés e italiano, nos hemos incorporado a esta Misión y proyecto de los benedictinos de Rabanal del Camino.

Buscamos ser una comunidad cristiana (benedictinos, laicos y jesuitas) visible, acogedora, abierta a todos aquellos que se acercan al pequeño monasterio.

Son muchas horas de escucha, de diálogo rico y profundo, de atención en lo más material a los peregrinos (comida, lavado de ropa, cuidado de sus heridas...).

Todo esto supone descubrir y revivir nuestra vocación de siervos como un don que pasa a través de nosotros y llega a gente que comparte su vida llena de problemas y esperanzas. Es sentirnos Iglesia entregada al servicio. Es sentir como un don de Dios la gratuidad... El peregrino ha compartido con nosotros su vida y nos ha obligado a compartir con él la nuestra. Ha entrado a formar parte de nosotros... Pero llega el día de la partida y cuando retoma el camino sentimos

Camino de Consagración

Camino de consagración

la nostalgia de la partida para siempre del amigo encontrado y la alegría de saber que somos siervos inútiles y que es Dios el que trabaja y acompaña al peregrino.

Jorge Luis Vázquez García, sj

Colegio Mayor Universitario San Agustín

Santiago de Compostela

«La peregrinación y el camino a la Tumba del Apóstol no son simplemente un traslado de un lugar a otro. Se trata más bien de pasar de una visión a otra de la vida. Todo ello es posible por la presencia misteriosa de Jesús que, al igual que a los peregrinos de Emaús, también nos va acompañando por el camino de la existencia y nos ayuda en el tránsito del hombre viejo al hombre nuevo, aunque haya que pasar por el sufrimiento y la entrega en la cruz de cada día [...]. Sólo Dios nos puede dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar en el Emaús de nuestras aspiraciones, afanes, inquietudes y zozobras, reconociendo que la sociedad actual no es nuestro ideal y que pertenecemos a una sociedad nueva, la ciudadanía de los santos, hacia la cual estamos en camino y que es anticipada en nuestra peregrinación».

*(Carta Pastoral del arzobispo de Santiago
en el Año Santo Compostelano 2010,
30 de diciembre de 2008)*

Institutos Seculares, un camino de consagración

El 2 de febrero de 1947, con la Constitución *Provida Mater Ecclesia*, S. S. Pío XII dotaba del reconocimiento jurídico a una forma de vida que se venía experimentando desde hacía varios decenios. Tal forma de vida no es otra que la de los Institutos Seculares, camino de consagración nacido como don del Espíritu Santo a la Iglesia para tratar de construir la ciudad terrena según los designios de Dios.

Los miembros de los Institutos Seculares realizamos esta misión desde la propia actividad o profesión y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, dando testimonio de fe con obras y palabras y «configurando la propia vida a la de Cristo a través de la práctica de los consejos evangélicos» (del Discurso de S. S. Benedicto XVI a los Institutos Seculares).

Nuestra doble condición nos lleva a buscar el equilibrio constante entre consagración y secularidad. Consagración que nos compromete a una docilidad total de mente, de corazón y de voluntad, al proyecto de Dios Padre revelado en Cristo Jesús, a cuyo seguimiento radical estamos llamados. Secularidad que nos implica en todo dolor, en toda injusticia, en toda búsqueda de la verdad, de la belleza, de la bondad, porque toda circunstancia en la que el hombre vive y muere constituye para nosotros una ocasión de testimoniar la obra salvífica de Dios (cf. *íd.*).

Como nos recordaba S. S. Benedicto XVI, pongamos las Bienaventuranzas en el centro de nuestra vida para manifestar una confianza incondicional en Dios, que quiere que el hombre sea feliz.

Mercedes Moratinos Torres

Directora general de las Misioneras Apostólicas de la Caridad

Nuevos caminos de consagración

El lema propuesto para esta Jornada es profundamente significativo para todos los que hemos sido llamados a formar parte de alguna de las Nuevas Formas de Vida Consagrada. Personalmente recuerdo con gran vivacidad el día en que se cruzó por mi camino la Fraternidad Misionera Verbum Dei. ¿Qué encontré en esta comunidad misionera? ¿En qué residía la novedad en sus caminos de consagración? Podría resumirlo en una «vuelta a las fuentes»; la novedad fue encontrar un grupo de personas que vivían con profundidad los elementos básicos de la fe cristiana: la Palabra de Dios orada, asimilada, vivida y anunciada; la profundidad de la vida sacramental y la presencia de Cristo vivo en la Eucaristía; una intensa vida de oración que lleva a la amistad entrañable con Dios Trinidad; un ambiente fraterno como el de las primeras comunidades cristianas, expresión de los valores esenciales del Evangelio; y un brillo en los ojos al hablar de Dios que trasparentaba una profunda experiencia de su Amor, que no les dejaba indiferentes y les impulsaba a evangelizar a través de la oración y el ministerio de la Palabra. Y todo ello experimentado y plasmado en un «pueblo de Dios», es decir, en una familia misionera en la que cabían los sacerdotes, las misioneras consagradas, los matrimonios misioneros dedicados a la evangelización desde su realidad familiar, jóvenes, mayores, solteros, casados, de una u otra condición social, lengua o raza. Una familia fundada en los años 60 por el P. Jaime Bonet en Mallorca, y que recibió la aprobación pontificia en el 2000. Actualmente nos encontramos en 31 naciones en los cinco continentes. La Fraternidad realiza su misión en todo tipo de países, ya sean ricos o pobres, puesto que el Evangelio de Jesús ha de poder llegar a todos los hombres y a todo el hombre.

P. David Rolo Cabello

Fraternidad Misionera Verbum Dei

Camino de consagración

«El Papa Juan XXIII en la Carta encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, publicada en 1959, en el primer centenario de la muerte de san Juan María Vianney, presentaba su fisonomía ascética refiriéndose particularmente a los tres consejos evangélicos, considerados como necesarios también para los presbíteros: “Y, si para alcanzar esta santidad de vida, no se impone al sacerdote, en virtud del estado clerical, la práctica de los consejos evangélicos, ciertamente que a él, y a todos los discípulos del Señor, se le presenta como el camino real de la santificación cristiana”. El Cura de Ars supo vivir los “consejos evangélicos” de acuerdo a su condición de presbítero. En efecto, su pobreza no fue la de un religioso o un monje, sino la que se pide a un sacerdote: a pesar de manejar mucho dinero (ya que los peregrinos más pudientes se interesaban por sus obras de caridad), era consciente de que todo era para su iglesia, sus pobres, sus huérfanos, sus niñas de la “Providencia”, sus familias más necesitadas. Por eso “era rico para dar a los otros y era muy pobre para sí mismo”. Y explicaba: “Mi secreto es simple: dar todo y no conservar nada”. Cuando se encontraba con las manos vacías, decía contento a los pobres que le pedían: “Hoy soy pobre como vosotros, soy uno de vosotros”. Así, al final de su vida, pudo decir con absoluta serenidad: “No tengo nada... Ahora el buen Dios me puede llamar cuando quiera”.

También su castidad era la que se pide a un sacerdote para su ministerio. Se puede decir que era la castidad que conviene a quien debe tocar habitualmente con sus manos la Eucaristía y contemplarla con todo su corazón arrebatado y con el mismo entusiasmo la distribuye a sus fieles. Decían de él que “la castidad brillaba en su mirada”, y los fieles se daban cuenta cuando clavaba la mirada en el sagrario con los ojos de un enamorado. También la obediencia de san Juan María Vianney quedó plasmada totalmente en la entrega abnegada a las exigencias cotidianas de su ministerio. Se sabe cuánto le atormentaba no sentirse idóneo para el ministerio parroquial y su deseo de retirarse “a llorar su pobre vida, en soledad”. Sólo la obediencia y la pasión por las almas conseguían convencerlo para seguir en su puesto. A los fieles y a sí mismo explicaba: “No hay dos maneras buenas de servir a Dios. Hay una sola: servirlo como Él quiere ser servido”. Consideraba que la regla de oro para una vida obediente era: “Hacer sólo aquello que puede ser ofrecido al buen Dios”».

(Carta del Papa Benedicto XVI para la convocatoria
de un Año Sacerdotal con ocasión del CL aniversario
del Dies natalis del santo Cura de Ars, 16 de junio de 2009)